

CAPITULO XIX (1)

DEL PRIMADO DE LA VOLUNTAD EN LA CONCIENCIA
DE SÍ

La voluntad, como *cosa en sí*, constituye la esencia inmanente, verdadera é indestructible del hombre; mas por sí misma es inconsciente. La conciencia tiene por condición la inteligencia y ésta no es más que un accidente de nuestro ser, una función del cerebro, el cual con los nervios y la medula espinal, que de aquél se derivan, es simplemente el fruto y el resultado del resto del organismo; hasta el parásito del organismo podría decirse, en el sentido de que no participa directamente de su trabajo interior ni contribuye á su conservación más que regulando sus relaciones con el mundo externo.

El organismo, por el contrario, es la encarnación visible de la voluntad, la voluntad hecha objeto, la imagen de la voluntad tal como se refleja en el cerebro (que, según nos ha enseñado en el primer libro, es la condición del mundo objetivo en general). Está, pues, condicionada por las formas del conocimiento, el espacio, el tiempo y la causalidad, y se manifiesta, por

(1) Este capítulo se refiere al párrafo 19 del primer volumen.

consiguiente, como extenso en el espacio, obrando sucesivamente, ó sea en el tiempo, y como material, es decir, dotado de actividad. Los miembros no pueden ser directamente sentidos ni percibidos sensiblemente más que en el cerebro. Por lo tanto, podemos decir: la inteligencia es el fenómeno secundario; el organismo es el fenómeno primario, la manifestación inmediata de la voluntad. La voluntad es metafísica, la inteligencia es física. La inteligencia, con sus objetos, es puro fenómeno; sólo la voluntad es cosa en sí. En una acepción figurada y alegórica se puede añadir: la voluntad es la sustancia del hombre, la inteligencia el accidente; la voluntad, es la materia, la inteligencia la forma; la voluntad es el calor, la inteligencia la luz.

Voy ahora á explicar y dilucidar esta tesis por medio de los hechos siguientes sacados de la vida interna del hombre, y esto nos permitirá acaso acopiar más conocimientos acerca de su naturaleza íntima, que los que pueden suministrarnos muchas psicologías sistemáticas.

1) No solamente la conciencia de las cosas exteriores, es decir, la percepción del mundo, sino también, como hemos expuesto, la conciencia interior, comprende un sujeto que conoce y un objeto conocido, sin lo cual no sería conciencia. La conciencia consiste en conocer, y para conocer hace falta un sujeto y un objeto de conocimiento, luego no existiría conciencia alguna si frente al que conoce no hubiera algo distinto que fuese conocido. Resulta de esto que una conciencia que fuera inteligencia pura, es una imposibilidad. La inteligencia es semejante al sol que no ilumina al espacio cuando sus rayos no encuentran algo que los refleje.

El sujeto que conoce no puede, como tal, ser conoci-

do él mismo, pues sería entonces objeto de conocimiento de otro sujeto conocedor. En la conciencia de sí no existe otro objeto para el conocimiento que la voluntad exclusivamente. Pues no solamente todo querer y toda decisión, en su acepción más restringida, pertenecen á la voluntad, sino que desear, aspirar, repugnar, esperar, temer, amar, odiar, en una palabra, todo lo que directamente constituye nuestro bien ó nuestro mal, nuestra alegría ó nuestro dolor, no es más que afección de la voluntad evidentemente; no es más que movimiento y modificación del querer ó el no querer; no es, en fin, sino aquello que, obrando al exterior, se manifiesta como acto de la voluntad (1). Mas en todo conocimiento, el objeto y no el sujeto del conocimiento es lo primordial y lo esencial, en el sentido de que el primero es el prototipo y el segundo el ectipo. Luego igualmente en la conciencia de sí, lo conocido, ó sea la voluntad, es lo principal y lo primitivo; el conocimiento no es más que lo secundario, lo accesorio, el espejo. Su relación es semejante á la de un cuerpo luminoso por sí mismo con el cuerpo que le refleja, ó á la de la cuerda en vibración con la tabla de armonía; en este último caso, el sonido producido representaría á la conciencia.

La planta puede servirnos también de símbolo de la conciencia. Tiene aquélla dos polos: la raíz y la co-

(1) Es sorprendente ver cómo ya San Agustín reconoció esto. En el libro XIV de *La Ciudad de Dios*, cap. 6º, habla de las *affectionibus animi*, que en el libro precedente había clasificado en cuatro categorías, á saber: *cupiditas, timor, laetitia, tristitia*. Después añade: *Voluntas est quippe in omnibus, imo omnes nihil aliud, quam voluntate sunt; nam quid est cupiditas et laetitia, nisi voluntas in eorum consensionem, quae volumus? et quid est metus atque tristitia, nisi voluntas in disensionem ab his, quae volumus?*

rola; la una busca la oscuridad, la humedad, la frescura; la otra, la claridad, la sequedad, el calor; además, como plano de indiferencia entre los dos polos tiene á flor de tierra el rizoma. La raíz es la parte esencial, primitiva, vivaz, cuya muerte lleva consigo la de la corola; es, pues, la cosa primaria. La corola es la parte aparente, salida de la otra y que parece sin que la raíz muera; es pues, secundaria. La raíz representa la voluntad, la corola la inteligencia y el punto de indiferencia, el rizoma, será el yo, que, como punto terminal común, pertenece á ambas. Este yo es el sujeto, idéntico *pro tempore*, del conocimiento y de la volición, y cuya identidad fué señalada ya en mi primera obra (*Del principio de razón*) desde que el asombro filosófico se despertó en mí, como el milagro *κατ'εξοχην*. El es el punto de origen y de encadenamiento en el tiempo de la totalidad de la experiencia, es decir, de la objetivación de la voluntad; él es la condición del fenómeno, pero está á su vez condicionado por el fenómeno.

Se puede seguir la alegoría de que me he valido y aplicarla hasta á las cualidades individuales del hombre. Así como una gruesa corola no brota de ordinario más que de una gruesa raíz, asimismo las grandes facultades intelectuales suelen ir unidas á una voluntad vehemente y apasionada. Un genio dotado de un carácter frío y de tibias pasiones, se asemejaría á esas plantas que, con una corola compuesta de espesas hojas, sólo tienen una pequeña raíz; pero no se da este hecho. Que una voluntad vehemente y un carácter apasionado sean la condición de una inteligencia superior, se explica fisiológicamente por cuanto la actividad del cerebro requiere el movimiento que le imprimen, á cada pulsación, las grandes arterias que

llegan á su base. Una palpitación enérgica del corazón y hasta, según Bichat, un cuello corto, son necesarios para producir una gran actividad cerebral. Mas también se da el caso inverso; y se ve que violentos deseos y un carácter apasionado y turbulento suelen andar unidos á una débil inteligencia, es decir, á un cerebro pequeño, mal conformado y contenido en un espeso cráneo. El fenómeno es tan frecuente como repugnante. Las personas de esta especie pueden ser comparadas á zanahorias.

2) No quiero limitarme á describir la conciencia metafóricamente; debo examinarla á fondo, y para eso hay que comenzar por investigar lo que en ella es siempre idéntico, que será el elemento común y constante, y, por consiguiente, su esencia. En seguida investigaremos lo que distingue una conciencia de otra, ó sea lo accesorio y secundario.

La conciencia es una facultad que no conocemos más que en los animales; no debemos, pues, ni podemos concebirla más que como *conciencia animal*, y esta misma expresión es ya una tautología. Y lo que hallamos en toda conciencia animal, hasta en las más imperfectas y débiles, lo que constituye propiamente su base, es el sentimiento inmediato de un apetito y de sus alternativas de satisfacción y no satisfacción en grados diferentes. He aquí lo que sabemos, en cierto modo, *a priori*. En efecto, por sorprendentes que sean las diferencias entre las innumerables especies de animales, por nuevo que pueda ser para nosotros el aspecto de un animal desconocido, tenemos de antemano la certeza de que su naturaleza íntima nos es conocida y hasta familiar, si se quiere. Sabemos que el animal *quiere*, y sabemos también *lo que quiere*: quiere su existencia, su bienestar, su conservación y

propagación, y como en esto admitimos de antemano y con completa seguridad que hay identidad con lo que sucede en nosotros, no vacilamos en atribuirle, sin modificaciones, todos los afectos de la voluntad, tales como por nosotros mismos los conocemos, y empleamos atrevidamente al hablar de un animal, las palabras deseo, repugnancia, temor, cólera, amor, alegría, tristeza, etc. Mas cuando se trata de fenómenos de mero conocimiento, nos encontramos en la incertidumbre. No osamos afirmar que el animal comprenda, piense, juzgue y sepa; no le concedemos con seguridad más que representaciones en general, porque sin representaciones no experimentaría las agitaciones de la voluntad antes enumeradas.

En lo que concierne al modo especial de conocimiento de los animales y á sus límites exactos dentro de cada especie, no tenemos más que nociones vagas, y nos vemos reducidos á conjeturas; así, lo más frecuente es que no los comprendamos, como ellos no nos comprenden á nosotros. Para llegar á conseguirlo por medios artificiales, se necesita una larga costumbre y mucho trabajo.

He aquí en qué se diferencian las conciencias: Desear, apetecer, querer ó detestar, huir, no querer, son fenómenos propios de toda conciencia y comunes al hombre y al pólipo. Este es el hecho esencial, la base de la conciencia. La diferencia de sus manifestaciones en las diversas especies de animales proviene de la distinta extensión de la esfera de su conocimiento, pues de ahí sacan sus motivos para aquellas manifestaciones. Comprendemos directamente, por nuestro propio ser, todos los actos y ademanes que expresan movimientos de la voluntad en los animales, y por eso simpatizamos en tantas cosas con ellos. La distancia

que de ellos nos separa proviene únicamente de la diferencia de inteligencia. Acaso no hay mucha más diferencia entre un animal muy inteligente y un hombre de cortos alcances, que entre un imbécil y un genio; por eso la semejanza que por otra parte existe entre dos seres tan distintos, y que resulta de la analogía de sus inclinaciones y afectos, nos llena de estupefacción.

Estas consideraciones nos muestran que en todos los animales la voluntad es el elemento primario y esencial; la inteligencia no es más que un elemento secundario, accesorio, un mero instrumento al servicio de la primera, instrumento más ó menos perfecto y complicado, en relación con las exigencias de la voluntad. Así como, según las necesidades de la voluntad, cada especie animal está provista de pesuñas, de garras, de manos, de cuernos ó de dientes, así también cada una está dotada de un cerebro de menor ó mayor desarrollo, cuya función es la inteligencia necesaria para la conservación.

Cuanto más se complica el organismo en la escala ascendente de los animales, más se multiplican las necesidades; los objetos que pueden satisfacerlas se hacen más especiales y variados; los medios de adquirir esos objetos, que es necesario conocer y hallar uno á uno, se hacen también más complicados y difíciles. Por consiguiente, y en la misma relación, las representaciones del animal deben de ser más variadas, más claras, más precisas y más continuas; su atención más intensa, más constante y más vigilante, y, por tanto, su inteligencia más desarrollada y más perfecta. Vemos, en efecto, al órgano de la inteligencia, el sistema cerebral, así como á los órganos de los sentidos, marchar al mismo paso que el crecimiento de

las necesidades y la complejidad del organismo. Vemos el crecimiento de la parte de la conciencia afecta á la representación (por oposición á la voluntad) manifestarse fisiológicamente por una relación constante entre el conjunto del cerebro y el resto del sistema nervioso y luego entre el cerebro y el cerebelo, pues, según Flourens, el primero es el asiento de las representaciones y el segundo el guía y regulador de los movimientos. El último paso que la naturaleza ha dado en esta dirección es colosal. En el hombre, no sólo la facultad de la representación intuitiva, única existente hasta llegar á él, alcanza el grado supremo de perfección, sino que á ella viene á unirse la representación abstracta, el pensamiento, es decir, la razón, y con ella la reflexión. De esta gradación de la inteligencia, ó sea de la parte secundaria de la conciencia, resulta que esta parte adquiere preponderancia sobre la parte primaria, en el sentido de que su actividad resulta predominante.

Mientras en el animal la sensación directa de la satisfacción ó no satisfacción de sus apetitos es lo que constituye con mucho la parte principal de su conciencia, y esto tanto más cuanto más bajo es el nivel en que se halla el animal dentro de la escala zoológica, hasta el punto de que las especies inferiores sólo se distinguen de las plantas por obtusas representaciones, en el hombre sucede lo contrario. Por vehementes que sean sus deseos, aun siendo más vehementes que los de cualquier otro animal, hasta el extremo de degenerar en pasiones, las representaciones y los pensamientos son lo que ocupa y llena constantemente su conciencia, lo que predomina. Esto es, sin duda, lo que principalmente ha dado origen al grosero error de todos los filósofos de considerar al pensamiento como elemento esencial

y primario de lo que llaman el alma; es decir, de la vida interior y espiritual del hombre. El pensamiento es lo que colocan siempre en el primer lugar, no admitiendo la voluntad más que en calidad de mero resultado secundario y derivado. Pero yo pregunto: Si la voluntad procediera del conocimiento, ¿cómo podría ser que los animales, aun los que están más abajo en la escala, mostrasen una voluntad, á veces indomable, cuando sólo poseen tan mínima porción de conciencia? Este error fundamental, que indujo á los filósofos á poner el accidente en el lugar de la sustancia, digámoslo así, les ha llevado á un laberinto sin salida.

La preponderancia relativa del conocimiento sobre la voluntad, del elemento secundario sobre el primario, que vemos surgir en la conciencia humana, puede llegar, en algunos individuos aislados y extraordinariamente privilegiados, hasta producir, en momentos de intensidad suprema, la separación completa de ambos elementos. La inteligencia se desprende entonces enteramente de la voluntad y trabaja por su propia cuenta, libremente, fuera de toda excitación ó tiranía de la volición. Se hace puramente objetiva y refleja el mundo como un límpido espejo; así nacen las concepciones del genio, de las que hablaremos en el libro tercero.

3) Recorriendo la serie descendente de los animales, observamos que la inteligencia va haciéndose cada vez más débil y más imperfecta, pero no vemos ninguna degradación correspondiente de la voluntad. Esta conserva siempre una naturaleza idéntica; se manifiesta como apego extremado á la vida, en forma de cuidados por el individuo y por la especie; en forma de egoísmo y de indiferencia absoluta hacia todos los demás, con los afectos que de ahí dimanar. Hasta en el

insecto más pequeño, la voluntad existe perfecta y entera; lo que aquél quiere, lo quiere tan decidida y completamente como el hombre. No hay diferencia más que en lo que cada uno quiere, es decir, en los motivos, pero éstos son asunto perteneciente á la inteligencia. Esta última, secundaria y ligada á órganos materiales, posee grados infinitos de perfección, y, en general, es limitada é imperfecta por naturaleza.

La voluntad como cosa primitiva, como *cosa en sí*, no puede ser imperfecta; todo acto voluntario es plenamente todo aquello que puede ser. En razón de la simplicidad que le pertenece como cosa en sí, como la parte metafísica en el fenómeno, su naturaleza no admite grados; es siempre y enteramente la misma; sólo su excitación tiene grados, desde el más débil capricho hasta la pasión, como los tienen su excitabilidad y su vehemencia, desde el temperamento flemático al temperamento colérico.

La inteligencia no sólo tiene grados en su excitación, desde el amodorramiento hasta la inspiración, sino que también los tiene en su naturaleza, en su calidad más ó menos perfecta, que se eleva gradualmente, desde el animal dotado apenas de una percepción vaga, hasta el hombre, y luego, en la especie humana, desde el necio hasta el genio. La voluntad es la única que permanece siempre y enteramente la misma. Su función es de las más simples; consiste en querer ó no querer; lo cual se cumple con la mayor facilidad y no exige esfuerzo ni ejercicio alguno.

Por el contrario, el conocimiento tiene múltiples funciones y no se efectúa sin algún esfuerzo, pues lo necesita para fijar la atención y concebir bien su objeto, y en un orden más elevado, para pensar y para meditar. Por eso es susceptible de un gran perfeccio-

namiento por medio del ejercicio y el estudio. Cuando la inteligencia presenta á la voluntad un simple objeto de percepción, la voluntad pronuncia en el acto su veredicto en estos términos: agradable ó desagradable. Y lo mismo sucede cuando la inteligencia ha meditado laboriosamente y pesado numerosos datos, para extraer al cabo, después de penosas combinaciones, el resultado que parece más conforme con los intereses de la voluntad. Esta, que en el intervalo, reposaba en la ociosidad, cuando el resultado se ha obtenido avanza como un sultán en su diván para emitir de nuevo su monótona sentencia, agradable ó desagradable. Esta sentencia podrá variar en cuanto á la energía, pero permanece inmutable en el fondo.

La radical diferencia de naturaleza que hay entre la voluntad y la inteligencia, esa calidad excesivamente simple y primaria de la una que contrasta con la índole complicada y secundaria de la otra, se hace todavía más patente cuando seguimos con atención los esfuerzos recíprocos, tan sorprendentes, á que ambas se entregan en nosotros, y cuando observamos, á veces, cómo las imágenes y pensamientos que surgen en la inteligencia ponen en acción á la voluntad, y cómo sus papeles respectivos son separados y diferentes. Podemos advertirlo ya con ocasión de acontecimientos reales que afectan vivamente á la voluntad, aunque sean, ante todo y por sí mismos, asunto de la inteligencia. Pero, de una parte, la evidencia de esta realidad, como tal realidad, no existe más que en la inteligencia y no salta á los ojos en estos casos; y de otra parte, la sustitución no se efectúa tan repentinamente como sería necesario para que la cosa fuese fácilmente vista y claramente comprendida. En cambio, concurren los requisitos apetecidos para esta comprensión, cuando son los

pensamientos y las imágenes de la fantasía lo que acciona sobre la voluntad. Así, por ejemplo, cuando en la soledad, sumidos en reflexiones sobre negocios personales, nos representamos vivamente el peligro de alguna eventualidad real que nos amenaza, ó la posibilidad de un desenlace desgraciado en cualquier circunstancia que nos interesa, de repente la angustia nos oprime el corazón y la sangre se nos hiela en las venas. Si entonces pasa la inteligencia á la posibilidad del caso contrario, permitiendo á la imaginación pintarnos realizada la dicha que por tanto tiempo esperamos, nuestras pulsaciones se aceleran en alegre movimiento y nuestro corazón se ensancha hasta que la inteligencia se desprende de aquel ensueño.

Si en cualquier ocasión recordamos cualquier ofensa ó injusticia que en otro tiempo sufrimos, al instante la cólera y el resentimiento vendrán á agitar nuestro pecho, momentos antes tranquilo. Otra vez será la imagen, evocada por azar, de una mujer amada á quien perdimos, lo que vendrá á despertar en nuestra memoria el recuerdo de una novela de nuestra juventud con sus encantadoras escenas, y entonces á aquella cólera anterior sucederá una impresión de melancolía. En fin, si nuestra memoria evoca cualquier circunstancia humillante de nuestra existencia pasada, nos encorbamos y querriamos que nos tragase la tierra; el rubor de la vergüenza nos sube á la cara, y tratamos á veces de desviar y distraer nuestro pensamiento por medio de cualquier exclamación proferida en alta voz, como para poner en fuga á los espíritus malignos.

Se ve, pues, que la inteligencia *canta* el motivo y la voluntad se ve obligada á danzar á este son. La inteligencia la trata como á un niño al cual su nodriza relata alternativamente cuentos alegres y cuentos tris-